

## Los sucesos del Sánchez Pizjuán (I)

Durante los días anteriores a aquél en que escribo este artículo, las televisiones han emitido hasta la saciedad la paliza que unos muchachos le dieron a un guarda jurado en el estadio Sánchez Pizjuán de Sevilla. Millones de personas de toda España habrán sentido en sus carnes vergüenza y bochorno, como la he sentido yo y como la has sentido tú, amable lector de esta página. De entre todas las preguntas que nos hemos hecho todos, la que más interesa es cómo es posible que una sociedad llena de colegios, de derechos y libertades y de gente harta de comer, genere, sin embargo, esos monstruos que nos avergüenzan como padres, como ciudadanos y como hombres.

La respuesta no es simple y no creo que deba darse desde la sociedad española, pues el problema afecta a prácticamente toda la cultura occidental, en la que se ha dado a la democracia, a la libertad y a los derechos de los individuos un valor desconocido hasta ahora. Es precisamente en la errónea extensión de los valores de la democracia y de los derechos de los individuos donde, a mi juicio, se encuentra parte de la raíz del problema.

Así, hemos considerado que una familia era una suerte de república democrática, cuando ni puede ni debe contar lo mismo la opinión del padre que la del hijo. Igual trato hemos dado a la escuela, cuando lo lógico es que no valga igual la opinión del profesor que la del alumno, y, si me apuran, que tampoco valga igual la opinión del profesor que la del padre del alumno. Y algo parecido ha pasado con el campo de los derechos. Hemos considerado que se debe ser tolerante con todas las ideas y con todas las formas, cuando ni todas las ideas son respetables ni todas las formas son admisibles. Por ejemplo, no se puede ser tolerante con las ideas racistas, ni con las sexistas, ni con las que propugnan los nazis o los terroristas, entre otras. Es más, lo mismo que la democracia debe ser tolerante con los tolerantes, debe ser intransigente con los intolerantes, y a los tolerantes debe exigirle buena educación, ese valor tan denostado durante tanto tiempo, quizá porque erróneamente se asimiló orden a buena educación y a gente de derechas.

Como me considero una persona progresista, lo que digo ahora lo afirmo sin pontificar y desde la autocrítica. Y es que, en mi opinión, los progresistas han (hemos) confundido particularmente estos valores, y nos hemos quedado en *progres*. Nos hemos creído que había que llevar la democracia absoluta hasta donde la democracia absoluta no sólo no es posible, sino que no es conveniente, como el ámbito familiar o el escolar; hemos desterrado el respeto hacia quienes detentan la autoridad, aunque se equivoquen; hemos fijado normas que (como pasa con las faltas en el juego del fútbol) protegen más a quienes paralizan el normal desarrollo de la sociedad que a quienes lo facilitan, y hemos, en fin, intentado enderezar el árbol que se tuerce con utópicas teorías de pedagogos de oficina, bonitos sermones y toneladas de comprensión, en lugar de con soportes que opongan resistencia a la fuerza del viento y de la naturaleza.

El resultado está a la vista: padres vencidos, educadores acobardados y deseando jubilar y gamberros envalentonados y campando por sus anchas. Un grupo de muchachos pegándole a un trabajador –que ganaba mil pesetas a la hora– ante otros cientos de muchachos que los jaleaban desde la grada y varias decenas de miles de ciudadanos atónitos e incapaces de saltarse al campo para defenderlo. Una vergüenza todo, pero eso es lo que hay, porque eso es lo que hemos querido que haya.

Juan Bosco Castilla